

## La política exterior de los Estados Unidos hacia El Salvador y Centroamérica, y la Compañía de Jesús: el legado de los jesuitas

James McGovern\*

Agradezco mucho la generosa presentación que me han hecho. Mi presencia aquí esta mañana es porque estoy muy agradecido con los jesuitas de El Salvador, especialmente con los que han prestado su servicio aquí en la UCA y con aquellos que continúan haciéndolo. Ustedes han sido mis amigos, mis mentores y mis maestros. Cómo pienso, qué pienso, cómo veo y evalúo lo que sucede en el mundo ha sido formado por mi relación con los jesuitas antes, durante y después de la guerra.

La UCA misma se fundó bajo el espíritu de la liberación. Se llama así en honor al presbítero salvadoreño José Simeón Cañas, quien como diputado en la Asamblea Constitucional luchó y logró que se aboliera la esclavitud en Centroamérica en 1824. Abraham Lincoln firmó la Proclama de la Emancipación cuarenta años después, en 1863. Entonces, es correcto que nosotros en Estados Unidos recurramos a la UCA y trabajemos con ella para promover los derechos humanos, la dignidad humana, la libertad y la igualdad.

Muchas personas consideran las muertes de los padres Ignacio Ellacuría, Nacho Martín Baró, Segundo Montes, Juan Ramón Moreno, Joaquín López y López, Amando López, y de Elba y Celina Ramos, crímenes que personifican la dura realidad de la guerra y la brutalidad del ejército salvadoreño. Yo, particularmente prefiero recordar sus vidas. Me gusta recordar cómo vivieron, cómo desarrollaron el trabajo pastoral, el trabajo académico y la investigación. Cómo interactuaban con sus estudiantes, amigos, colegas y con la población salvadoreña. Si debo mencionar una lección que me enseñaron es la de que la fe es algo más que un rito, significa acción. “Alimentar al hambriento” quiere decir dar de comer al que tiene hambre. “Tratar a todos con dignidad” quiere decir que todas las personas, y en especial los pobres, legítimamente merecen vivir con dignidad.

Una de las razones por las que la política estadounidense hacia El Salvador cambió en los años noventa fue porque los rectores de las universidades jesuitas en todo Estados Unidos —muchos de ellos presentes aquí hoy— aceptaron el reto de los jesuitas asesinados, alentaron a sus exalumnos en todo el país para que actuaran y no se quedaran callados ante lo que pasaba. Ese accionar tuvo un poder extraordinario, el poder de la fe que funcio-

na para mover la historia en apoyo a los derechos humanos, la verdad, la justicia y la paz.

Hemos venido a El Salvador este fin de semana a conmemorar las vidas y la pérdida de nuestros hermanos jesuitas. También estamos aquí para reflexionar sobre lo que ha pasado en El Salvador durante los últimos 25 años. Creo que la política estadounidense hacia El Salvador se ha quedado muy corta en el período de posguerra. En 1995, todos abandonamos El Salvador, reduciendo significativamente nuestro apoyo económico y de desarrollo justamente cuando más se necesitaba para consolidar la paz. En las ocasiones en que se ha aumentado nuestra ayuda para el desarrollo ha sido primordialmente en respuesta a desastres naturales.

Estados Unidos bien hubiera colaborado en el manejo de un Programa de Recuperación para la Paz (Plan Marshall) durante los últimos veinte años; en vez de eso, hicimos todo lo contrario. Todavía no tenemos una asistencia robusta lista para apoyar una estrategia de desarrollo nacional para El Salvador y, con toda seguridad, no estamos priorizando proyectos enfocados a escuchar, trabajar y ayudar a salir adelante a los salvadoreños más pobres y más rechazados, en vez de proyectos que apoyan los intereses de la élite. Aun nuestras donaciones para el Reto del Milenio, que están enfocadas hacia el fortalecimiento de la agricultura salvadoreña y la infraestructura relacionada a ese rubro, y que ahora está enfocado para apoyar proyectos de desarrollo a lo largo de la costa del Pacífico, estuvieron secuestradas por intereses del sector privado, por mucho tiempo. Me alegra mucho que todas las condiciones hayan sido resueltas y confío en que los proyectos de desarrollo que consideran los intereses de las comunidades de la zona costera vayan caminando.

Así que, a los estadounidenses no nos debe sorprender el que ahora estemos rompiendo lo que hemos ayudado a tejer. No es necesario ser un genio para comprender que si hubiésemos invertido significativamente en empleos, educación, cuidado de la salud, seguridad alimentaria, en los jóvenes, en la mujer y en la familia, durante los últimos veinte años, menos salvadoreños se hubieran visto forzados a abandonar sus hogares y a buscar vida en otras partes. Las políticas estadounidenses no solo han exportado la violencia de pandillas hacia Centroamérica, sino que además hicimos lo mínimo por invertir en la prevención de la violencia para que esta no se arraigara en la zona.

Por todas las familias y todos los menores que viajan solos y que llegan a las fronteras de Estados Unidos —muchos con historias espantosas—, es hora de desarrollar una política favorable para El Salvador, Centroamérica y los Estados Unidos. Nos preguntamos entonces: ¿vamos a ayudar a nuestros amigos y vecinos a crear fuentes de trabajo y mayores oportunidades para los jóvenes, para las comunidades y los pueblos marginados?, ¿vamos a ayudar a fortalecer las instituciones judiciales para que investiguen y procesen a los responsables de la violencia?, ¿vamos a ayudar a esas mismas instituciones a erradicar la corrupción e identificar a aquellos individuos que

están aliados con la delincuencia y se benefician de las actividades delincuenciales y violentas?, ¿vamos a invertir en el tipo de seguridad ciudadana y en la infraestructura que beneficie a todos los salvadoreños y no únicamente a los pocos pudientes?

En estos días, el presidente Sánchez Cerén está en Washington. Él y todos los demás presidentes del área centroamericana se han reunido el día de ayer con el vicepresidente Joe Biden. Ojalá que la Administración Obama y el nuevo Congreso decidan hacer inversiones a largo plazo en los jóvenes, en el desarrollo y en la seguridad ciudadana. Espero que aprovechen las experiencias positivas de programas recientes de la Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID) dirigidas a prevenir la violencia entre los jóvenes. Mientras trabajan en estas propuestas, espero que los Gobiernos de El Salvador y de Estados Unidos se aseguren de que los programas sean diseñados teniendo como socios a la sociedad civil y a las comunidades afectadas, que sea un socio real.

En el Gobierno de Estados Unidos, necesitamos estar comprometidos en reformar y reforzar instituciones y debemos asegurarnos de que nuestra contraparte en Centroamérica, especialmente los Gobiernos de la región, estén genuinamente comprometidos en utilizar estas inversiones en verdaderas reformas institucionales y en desarrollo que beneficie a los jóvenes y a las comunidades marginales. Necesitamos asegurarnos de que la sociedad civil y las comunidades afectadas sean integradas del todo en el diseño y en la evaluación de estos proyectos. Cuando examino toda la región, siento que El Salvador es el país con mayor potencial para crear este tipo de convenios con sensibilidad real y genuina.

No solo es necesario hacer esas inversiones de largo plazo, sino que también necesitarán ser sostenidas. Me preocupa que la Administración y especialmente el nuevo Congreso vayan a decidirse por lo más barato. Mientras tanto, las preguntas persisten sobre si en Estados Unidos vamos a respetar nuestras propias leyes, así como las leyes humanitarias internacionales, y si vamos a recibir a todos aquellos que llegan a nuestras fronteras en busca de protección. ¿O es que vamos a continuar gastando dinero especialmente para aumentar la seguridad en las fronteras, incrementar lugares de detención, negar a los inmigrantes la asistencia legal, realizar procesos de deportación masivos y recargar en vez de fortalecer nuestros tribunales de inmigración?

Mi país debe agradecer a los cientos de miles de salvadoreños que han hecho de Estados Unidos su hogar. Son un gran recurso para nuestras comunidades, trabajan duro, abren pequeños negocios, invierten en sus comunidades y, al mismo tiempo, continúan invirtiendo en sus familias y en sus comunidades aquí en El Salvador. Esto me recuerda mucho a mi propio origen irlandés y polaco.

La primera vez que supe de El Salvador fue por unos refugiados que en 1983 le contaron sus historias a mi exjefe, el congresista Joe Moakley.

Estoy seguro de que los niños y las familias salvadoreñas que ahora narran historias similares sobre por qué tratan de escapar de la violencia de las pandillas y de las redes delincuenciales, pueden hoy hacer una gran diferencia. Los que elaboran las políticas deben comprender esta realidad. También se requiere un compromiso para invertir en nuevas políticas, nuevas ideas, nuevos enfoques, tanto aquí en El Salvador como en los Estados Unidos.

Cuando en Estados Unidos hablamos de violencia delincencial y de pandillas, sabemos que necesitamos hablar de educación, programas de servicio social y de prevención, además de trabajo y oportunidades para los jóvenes. No sé por qué cualquiera cree que aquí es diferente.

El Gobierno de El Salvador ha progresado mucho. La primera vez que vine a El Salvador, el FMLN estaba en las montañas solucionando diferencias a través de las armas. Hoy, los salvadoreños han elegido a su segundo presidente del partido político FMLN. La paz ha hecho la gran diferencia. El compromiso de los salvadoreños por la paz ha hecho una enorme diferencia. Hoy las disputas políticas se dirimen en la arena política y pública.

Estoy muy agradecido de poder honrar la vida de los jesuitas mártires, así como de saber que su memoria y su ejemplo siguen influenciando a tantos, aun hoy, 25 años después de su asesinato.

También me siento orgulloso de presentar un obsequio para la UCA por parte de la Fundación Moakley con sede en Massachusetts. Todavía sostengo la idea de que una de las mejores inversiones que se pueden hacer en El Salvador es apoyar a esta universidad. Los futuros líderes de El Salvador se están formando aquí ahora —quizás uno de ustedes sea presidente de El Salvador algún día o, tal vez, sea un líder financiero o un maestro cuyos estudiantes cambiarán al mundo o, a lo mejor, un trabajador social que trabajará con comunidades y diseñará el modelo que sacará a miles de salvadoreños de la pobreza y los llevará a tener una vida digna. Todo es posible acá en la UCA.

La educación es la gran liberadora. La historia de la UCA y las vidas y el trabajo de la comunidad jesuita han estado siempre a favor de una sociedad comprometida y educada, capaz de transformarse para beneficio de todas las personas. Por esta razón, las universidades en Centroamérica y alrededor del mundo han establecido convenios con la UCA. Esta institución es el espacio donde las nuevas ideas, las nuevas visiones y los nuevos liderazgos se nutren y se fortalecen. Además, la UCA siempre ha estado donde la voz de los pobres se ha intensificado, no únicamente durante la guerra, sino también en el arduo trabajo de avanzar y consolidar la paz.

Todos sabemos que, para los problemas que enfrenta El Salvador, no hay una pronta solución. Sin embargo, muchas soluciones para esos problemas son las que los jesuitas y la UCA han propuesto desde que yo recuerdo. Todas las personas merecen ser tratadas con dignidad. Invertir en los pobres significa escuchar a aquellos que viven en las comunidades marginales y

permitirles que sean ellos los que decidan sobre la mejor manera de enfocar los muchos problemas que les afectan en sus vidas diarias. Definitivamente, el enfrentar la violencia de las pandillas y las redes delincuenciales requiere de sólidos sistemas policiales y judiciales. Pero también requiere que esas instituciones estén libres de corrupción, que sean transparentes, que respeten los derechos humanos básicos, que puedan desarrollar su labor con un salario decente y estén en armonía con las comunidades que confían en su protección.

Lo bueno es que hay soluciones y nosotros sabemos cuáles son básicamente. Estoy seguro de que, con el compromiso de actuar y de presionar para que los planificadores de políticas hagan lo correcto en beneficio de la mayoría de salvadoreños, especialmente los pobres, todos podemos hacer la diferencia. Personalmente, confío en que la UCA y los jesuitas de El Salvador y de Estados Unidos se mantengan comprometidos e involucrados, y, así, nos puedan enseñar el camino.

El padre Ellacuría, en un discurso en la Universidad de Santa Clara, en 1982, habló elocuentemente sobre el rol de la universidad. Comenzó diciendo:

Nuestra realidad histórica —la realidad de El Salvador, la realidad del tercer mundo, es decir, la realidad de la mayor parte del mundo y la más universal— se caracteriza fundamentalmente por la dominación de la mentira sobre la verdad, de la injusticia sobre la justicia, de la opresión sobre la libertad, de la escasez sobre la abundancia, es decir del mal sobre el bien...

Continuó describiendo el rol de la universidad de esta manera:

Nos preguntamos qué hacer con la universidad. Y respondemos, sobre todo, desde el punto de vista ético: transformarla, hacer lo que es posible para que el bien triunfe sobre el mal, la libertad sobre la opresión, la justicia sobre la injusticia, la verdad sobre la mentira, y el amor sobre el odio...

Una universidad cristiana debe basarse en el evangelio de la opción por los pobres. Esto no significa que solamente los pobres estudian en la universidad, no significa que la universidad abandone su misión de excelencia académica, excelencia que se necesita para resolver problemas complejos. Pero sí significa que la universidad debe estar presente académicamente donde se necesite: hacer ciencia para los que no la tienen; cualificar al no cualificado; ser la voz de aquellos que no la tienen; apoyar académicamente a aquellos que no tienen las cualificaciones para promover y legitimar su verdad y sus derechos.

Al citar al Padre Ellacuría, no quiero presumir ante ustedes que trabajan y estudian en la UCA, pero para mí, esas palabras resuenan fuertemente hoy tal como lo hicieron hace tres décadas. ¿Cómo podemos ver la agonía y desesperación de tantos salvadoreños y centroamericanos y no sentir el llamado a responderles generosa y solidariamente, a sus familias y a sus comunidades? Creo firmemente —y es uno de los más importantes legados de los jesuitas mártires— que estamos aquí para ayudar a los más pequeños entre nosotros. Para mí, esta es la misión más importante que deben asumir

los gobiernos, las Iglesias, todos nosotros. Tal como escribió al inicio de esta semana el profesor Dave O'Brien, de la Universidad Holy Cross, una universidad jesuita de Worcester, mi pueblo natal, el reto para todos es "crear el próximo capítulo".

Cuando pienso en la vida y la muerte de aquellos que honramos y que nos juntan para reflexionar, y si todavía estuvieran con nosotros, experimentando esta realidad presente hoy día en El Salvador, nos pedirían el mismo compromiso: construir sobre los mismos ideales.

Estas ocho personas —seis sacerdotes y dos mujeres laicas— murieron por una razón. Lo que ellos defendían es muy poderoso. Mientras viva, estaré siempre inspirado por sus palabras y sus ejemplos.

Es un legado poderoso. Construyamos juntos sobre él. Produzcamos el próximo capítulo.

Muchas gracias